

TODO LO DEMÁS LO BARRIÓ EL VIENTO

berta lucía estrada





Todo lo demás lo barrió el viento



Colección Libros
Imposibles

BERTA LUCÍA ESTRADA

*Todo lo demás lo barrió
el viento*

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Estrada, Berta Lucía, 1957

Todo lo demás lo barrió el viento / © Berta Lucía Estrada --1ª ed.--
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
74 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles; 25 >
<Digital>

1. Poesía colombiana / 2. Literatura colombiana.

I. Título.

Primera edición, 2024.

Colección Libros Imposibles #25

© *Todo lo demás lo barrió el viento*

© Berta Lucía Estrada

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada y ensayo fotográfico:

Florianio Martins

Corrección filológica:

El autor



El olor del silencio es viejo.
ROLAND BARTHES



FRANCISCO TABORDA OCAMPO¹

He conocido el lenguaje de la guerra en la voz de las víctimas durante mi paso por la Defensoría del Pueblo y por varias organizaciones sociales recorriendo la que ampulosa, pero vanamente, llaman la Colombia profunda. También he explorado la geografía de la perversidad en la voz de muchos perpetradores de graves crímenes que tuvimos la oportunidad de entrevistar en el Centro Nacional de Memoria Histórica en Colombia. En las víctimas, la reivindicación de su dignidad, el rescate de sus raíces, el retorno a sus tierras, la añoranza de sus seres queridos que desaparecieron o fueron asesinados, es un elemento constante y perturbador.

En la voz de los victimarios, la crueldad aparece como una anécdota, y el relato se desliza con mucha frecuencia a la tercera persona: una cierta vergüenza mezclada con la cautela que evade la responsabilidad, pero también, en algunos y algunas de ellos, cierta dosis de arrepentimiento, sobre todo en quienes fueron arrastrados a la guerra a veces en circunstancias absurdas o trágicas, que se tornaron en perpetradores, cuando solo eran jóvenes y terminaron siendo víctimas de los grupos reclutadores, en un ciclo infernal donde ya es difícil distinguir, en el abanico de maldades contrapuestas, la barbarie, de la culpa.

¹ Francisco Taborda Ocampo (Manizales, Colombia, 1968). Abogado, defensor de derechos humanos, docente universitario y sobre todo amante de la literatura.

En varios de mis viajes atestigüé la devastación de la guerra en el corazón de las mujeres. Llamado a atender a las víctimas de una masacre recién perpetrada en un pequeño corregimiento conocido como Frías al Norte del Tolima, hacia el año 2001, con los cuerpos aún esparcidos por el suelo de dos bares en donde habían sido asesinados quince hombres, una mujer me abordó para contarme, con las pocas palabras que apenas musitaba, que en esa masacre había perdido simultáneamente a su ex esposo y a su actual pareja, uno masacrado en un bar y el otro en el billar contiguo, y así había quedado doblemente viuda pues mantenía una buena relación de amistad con su ex esposo y quedaba al cuidado de los huérfanos de ambos. En otro lugar de la geografía del horror que es Colombia, al sur, en Cauca, mientras entrevistaba a una mujer que había perdido casi todos los hombres de su familia: hijos, hermanos, esposo, en un terrible episodio de la violencia colombiana conocido como *la masacre del Naya*, esta mujer mutó su relato de palabras en llanto y se desgajó en un sollozo tremendo que nunca olvidaré y que no había cómo contener. ¿Podía la justicia, la sociología, la antropología, describir los hondos dolores de estas mujeres?, me temo que no.

Al haber presenciado algunas atrocidades de la guerra en mi país, y por estar acompañado hace veinte años de una mujer maravillosa, que hace tiempo asesora a la Ruta Pacífica de las Mujeres en Colombia y que me ha transmitido el palpitar de algunas de esas vivencias y tragedias de mujeres en la guerra, siempre me he preguntado cuál lenguaje debe contar la guerra en su crudeza pero también en la dignificación de quienes la han padecido, personas humildes que han tenido la entereza de sobrellevar un camino doloroso saliendo adelante, no indemnes pero enhiestas.

El lenguaje de la sociología ciertamente da cuenta de aspectos valiosos, cuya revelación es necesaria para que la sociedad se aproxime al entendimiento de tanta maldad. El lenguaje de la filosofía se adentra en terrenos aún más profundos y

trascendentes, y revela otras facetas, para que la humanidad entienda que esas atrocidades pueden ocurrir en el seno de comunidades que tendrían más razones para amarse que para matarse, si es que puede haber alguna razón valedera para cegar la vida de otro.

Hace años, mientras me hacía preguntas similares sobre el horror y la maravilla del valor en la vida de tantas mujeres y hombres, había leído a varios autores del expresionismo alemán (en prosa y poesía) y a muchos latinoamericanos (incluidos por supuesto colombianos y colombianas) que documentaron con solvencia, la dimensión de nuestra pesadilla. He ido encontrando en esta búsqueda, poco a poco, la respuesta a esa pregunta, y Berta Lucía Estrada forma parte de dicha respuesta, ya que en toda su obra, y particularmente en este poemario, canta en un lenguaje poético que va a la entraña y desnuda como ningún otro, la crudeza de la guerra pero también la compasión en los corazones, el coraje de quienes le han hecho frente a los verdugos del entorno y de quienes han afrontado sus duelos y pérdidas con estoicismo y a veces incluso con arrojo, de quienes se han solidarizado en medio de su dolor con otras víctimas. La poesía, si no es canto, no revela ni desvela. La poesía es canto, es algo que se sabe desde el romanticismo alemán, y mucho más atrás, desde los griegos.

Cuando la poesía es cantada (porque como canto, a veces es amargo, otras veces frenético, a veces sublime y a veces terrible, pero siempre canto) por una mujer asidua de otras geografías del horror y del temblor, cumple una doble función, pues al tiempo que canta, conecta voces. Cuando es cantada por una viajera de museos de ignominia diseminados a lo largo y ancho de nuestro globo, cuando es cantada por una poeta delicada, que olfatea la ternura y percibe la fuerza de la sangre, de los sentimientos, del poder (casi siempre ciego y salvaje) del macho, guerrero por antonomasia, y de las secuelas de la violencia, pero también del valor implicado en el duelo de las mujeres, ese canto alcanza una hondura que ningún otro lenguaje puede horadar. Ese es el canto de Berta Lucía en este poemario en el que, como su título dice: *Todo lo demás lo barrió el viento*.

La poesía de Berta se adentra en las geografías de la guerra en Colombia, para rescatar del olvido, tantas vidas borradas que hoy podrían ser sólo una cifra en los informes. Mediante un canto polifónico, que tiene varios registros y tesituras, puede hilvanar las trayectorias vitales de las mujeres que describe, con un cuadro de Van Gogh, como en *Mujeres de Negro*, o como en *Coreutas*, poema con múltiples voces como ocurre en la tragedia griega, y la yuxtaposición de ellas en un coro. Desde el Cauca, castigado por su diversidad y su lucha, hasta el otro extremo del país, en el oriente cercano a Venezuela, donde mujeres ayudan a mujeres y sufren como mujeres los vejámenes de la guerra, Berta Lucía teje la palabra para que esos cantos milenarios como el de las *Mujeres de Negro*, que en Colombia caminan la palabra en la *Ruta Pacífica de las Mujeres*, puedan elevar su grito sobre los guerreros de toda laya y sigan recorriendo en sus poemas, como lo han recorrido a lo largo de estos años, un país indiferente, para denunciar la violencia inferida sobre sus cuerpos y sus almas, sobre sus hijos, sus parejas y sus padres, y así no quede borrada por el viento. Pero también puede cantarle a las meretrices, barridas de la historia, y cuyo sufrimiento se esconde a menudo en la doble moral de una sociedad cuya justicia ha justificado en muchas ocasiones el azote infame del victimario sobre sus cuerpos y sus espíritus.

Berta Lucía Estrada, que sin duda es una de las mayores voces de la poesía colombiana contemporánea, acompaña a esa “multitud errante”, en ésta, nuestra “tierra baldía” para usar el título del gran poema de Eliot, o en la “tierra quemada” de Oscar Collazos. Pero también le canta con igual ardor y con parecida dulzura, a artistas y poetas de aquí y de allá, a los juglares colombianos de la palabra. Y puede irse luego al Cono Sur para cantarle a Juan Gelman, y a quienes salen con valentía a protestar y soportan el *garrote vil* de sus gobiernos en Chile o en Francia, hoy sólo silenciados en su grito multitudinario, por esta rara cosa que ha sido la pandemia. Y a esas otras víctimas, a quienes tienen el horror sembrado en sus hogares, a quienes

mueren (una y más cada día, ora en Argentina ora en Colombia) o quienes son vejadas por esos monstruos silenciosos dentro de sus casas y nunca son escuchadas a tiempo, burladas y negadas por la historia y por el mundo, degradadas por seres cercanos y que viven la pesadilla de soportar los abusos por parte de familiares.

Berta explora geografías inefables, rincones no visitados, el corazón en el pecho de otras tantas, miles y cientos, pero únicas en su obrar, mujeres y artistas de todo el orbe. Y aunque *no quiera ponerle un rostro al oprobio*, como dice uno de sus poemas, Berta ha nombrado, uno a uno, los nombres de la infamia actual en el cuerpo y en el alma de las mujeres que tejen, danzan, gritan, aman y mueren en su libro.

TODO LO DEMÁS LO BARRIÓ EL VIENTO | *Un poemario social, combativo y comprometido*

JUAN RIOCHÍ SIAFÁ²

Como manifestó el poeta y filósofo español Álvaro Pombo en una de sus entrevistas, “la poesía es una voz menos múltiple”. En este poemario titulado *Todo lo demás lo barrió el viento*, Berta Lucía Estrada escribe poco para decir mucho. Desde el silencio habla y con la boca cerrada pronuncia palabras penetrantes que mueven conciencia. Escribe para visibilizar a las colombianas y colombianos que han experimentado y siguen experimentando en carne propia los estragos de la violencia y la barbarie humana. Con audacia y pericia agarra su pluma para dar voz a las mujeres y hombres que se quedaron sin voz y no pudieron exteriorizar sus sufrimientos ni denunciar la vulneración de sus derechos. Nuestra artista grita desde su guarida y en lo más recóndito de su alcoba para que el mundo sepa, conozca y comprenda la dimensión menos humana del ser humano. Berta Lucía escribe este poemario para cumplir con su gente y mostrar las injusticias sufridas por este pueblo noble y hermoso.

Nos encontramos ante una poesía social, combativa y comprometida, que trasciende de lo formalmente establecido por la academia, cargada de movimiento y diálogo con los lectores. Una lírica prevista del don de la comunicación, de voz directa y sin tallajes, que llega donde el lenguaje no alcanza.

2 Juan Riochí Sifá (Ĕsàasi Eweera) (Malabo, República de Guinea Ecuatorial, 1981). Poeta, narrador y ensayista. Entre sus obras: *Tragedias y Laberintos* (Sial, 2017), *Las mujeres de Guinea Ecuatorial. Una aproximación a los estudios de género* (Diwan Mayrit, 2018), *Nuevas voces de la literatura de Guinea Ecuatorial. Antología (2008-2018)* (Diwan Mayrit, 2019) y *La historia de Guinea Ecuatorial a través de sus protagonistas* (Diwan Mayrit, 2020).

En el poemario se utiliza la pluma como el mejor instrumento para denunciar la injusticia que azota a un pueblo desde hace décadas, el pueblo colombiano; penetrando como un arma punzante en lo más profundo de las conciencias humanas. Nos ofrece unos versos que no nos dejan indiferentes, sino más bien, nos hacen estar comprometidos y al mismo tiempo refuerza nuestra posición política y nuestra actitud ante las injusticias sociales. Con sus poesías la escritora da un golpe sobre la mesa exigiendo un cambio radical del sistema político colombiano que no ha sido capaz de gestionar la paz y proteger al pueblo de sus estragos.

Desde la década de los cuarenta hasta la década de los sesenta, varios poetas han utilizado la poesía como la mejor arma para denunciar la injusticia, la violencia y la vulneración de derechos. Lo hicieron los poetas e intelectuales de la *negritud* como también los de la posguerra española. La denominada “literatura comprometida” o “poesía social” se desarrolló en España durante los años cincuenta y sesenta, en plena dictadura franquista. La revista leonesa *España* editada entre 1944 y 1951 y fundada por Antonio González de Lama, Eugenio García de Nora y Victoriano Crémer, que publicó la obra de poetas opuestos al régimen franquista y mantuvo una línea editorial de compromiso político y social, fue un importante precedente de esta corriente en la que publicaron autores como Pablo Neruda, Cesar Vallejo, Miguel Hernández, Antonio Pereira, José Hierro, Ángela Figuera Aymerich, Gabriel Celaya y Blas de Otero. Se convertirá así en una revista de poesía y de crítica al sistema político imperante. Al igual que ellos, Berta Lucía Estrada reivindica la paz de su pueblo en sus poesías y como Blas de Otero nos indicó en su poema titulado, *Pido la paz y la palabra*³:

3 María Sánchez Rubio, “La poesía como denuncia social: un verso por bandera”. Inverso, 24 de noviembre, 2015. <https://inversopoesia.wordpress.com/2015/11/24/la-poesia-como-denuncia-social-un-verso-por-bandera/>.

Escribo
en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido
la paz
y la palabra. He dicho
“silencio”,
“sombra”, “vacío”,
etc.
Digo
“del hombre y su justicia”,
“océano pacífico”,
lo que me dejan.
Pido
la paz y la palabra.

Al igual que los poetas de la *Negritud*, en efecto, la poesía de Berta Lucía es una poesía de rebeldía. Sus versos resuenan con gritos y rugidos. Y, parafraseando a Aimé Césaire, ideólogo y uno de los máximos componentes de este movimiento literario y político, ...sus poesías se erizan de puños crispados y levantados en actitud de combate, de garras, cuchillas, arcos y machetes. Están atravesados por rayos fulminantes, por vientos devastadores y arrasadores.

Nuestra autora empieza la sinopsis del poemario reivindicando su nacionalidad colombiana, esa nacionalidad secuestrada por los prejuicios:

Soy colombiana.

Si comienzo a escribir esta breve sinopsis sobre mi poemario, Todo lo demás lo barrió el viento, con la frase “soy colombiana”, es porque mi nacionalidad me nombra, me define, me identifica, me centra en medio del universo al que pertenezco y al que no puedo ni deseo escapar.

Berta Lucía no puede huir de su nacionalidad ni de su esencia colombiana porque la pertenece, la identifica, la otorga su razón de ser como sujeto social, la obliga, aunque supone vivir en medio de un huracán que puede barrerlo todo de un momento a otro como el viento que sopla sin dirección alguna.

Al mismo tiempo, es consciente que parte de los habitantes de su país se encuentran en cierta forma apresados y que viajar y circular en su interior, al menos durante algún tiempo, resultaba una decisión arriesgada, pero con vehemencia y bravura los anima a ser libres y abrazar la paz.

Sabe, y así lo refleja en sus versos, que existen zonas vedadas y que la guerra y los conflictos armados han robado la tranquilidad al pueblo colombiano y les ha privado de lo más preciado, el territorio que les pertenece a todos como sujetos de pleno derecho y herederos legítimos por excelencia.

Nos recuerda y grita desde nuestro subconsciente que los niños y adolescentes de ambos sexos son secuestrados, obligados a ir a la guerra, forzados por grupos paramilitares y guerrilleros, y que las mujeres y niñas sufren violencia sexual, asesinatos y tratos vejatorios.

Berta Lucía es consciente que ser colombiana o viajar con un pasaporte colombiano es como ir con una mochila cargada con piedras pesadas. En la sinopsis nos recuerda que:

Viajar a otro país, con el pasaporte colombiano, era ser escrutado, vigilado, menospreciado, humillado; exactamente como se hace con el peor de los criminales... Nadie nos daba una visa. En cierta forma éramos presidiarios, no de una celda sino de un enorme territorio por el que además no podíamos circular libremente.

El conflicto en Colombia ha tenido mucha incidencia en la vida de las personas y también su efecto se ha notado en el

medio ambiente. Los ataques terroristas a los oleoductos han contaminado ríos, obligando a miles de personas a abandonar sus pueblos y hogares, cobrando miles de vidas inocentes y destrozando muchas familias. Esta es la razón por la que Berta Lucía Estrada se pregunta: *¿cómo podría escribir algo diferente al genocidio que hemos vivido? ¿por qué contar la guerra? ¿por qué hurgar en su miseria?, ¿por qué este descenso al último de los círculos del infierno? Y responde: porque de esta forma entiendo la realidad de mi país. Porque de esta forma penetro más en la condición humana. Porque de esta forma también escapo al dolor y a la ignominia.*

La autora no entiende cómo se puede votar en contra de la paz ni tampoco cómo pueden ignorarse los preceptos éticos a favor de la vida, de la convivencia, de la justicia social.

Como ha venido sosteniendo el escritor y periodista de Guinea Ecuatorial, Donato Ndongó Bidyogo “la literatura tiene la función de ayudar a la transformación social⁴”. En la misma línea, los versos de Berta Lucía Estrada cumplen una función de transformación social y de sensibilización a la población colombiana y al mundo en general. Con este poemario intenta describir desde la realidad el entorno social y político en el que se curtió como ser humano, como sujeto en carne y hueso, como ser racional y racionalizado, como mujer que vivió y sigue viviendo en un entorno lleno de turbulencias internas y externas.

Si realizamos un breve recorrido por el mundo y revisamos los conflictos bélicos vigentes en otras zonas, veremos que los que más destacan son las guerras de Siria, Yemen y en la zona del Sahel (Malí, Níger o República Centroafricana) y la guerra olvidada de Sudán del Sur; y ahora en Europa con la guerra entre Rusia y Ucrania. Y, si los analizamos con pericia, veremos que las consecuencias en todos los casos sí son comunes: violación de Derechos Humanos, aumento de las desigualdades –sobre todo las poblaciones más vulnerables– y la necesidad de ayuda humanitaria para paliar el sufrimiento de los más vulnerables.

4 Juan Riochí Sifá. “Presentación” en *Bētápáno (Recuerdos)*. Madrid: Sial/Casa de África, 2017.

En España estuvo activa durante varias décadas la organización terrorista ETA (1958-2018) que aterrorizó a la población y se registró un elevado número de víctimas, pero con esfuerzo, voluntad política y unidad nacional, la democracia se impuso, el pueblo venció y recobró de nuevo la senda para la reconstrucción de un nuevo país donde se respetan los valores humanos y la integridad física de las personas.

En Nigeria tenemos al grupo terrorista Boko Haram que sigue siendo una amenaza para Nigeria y algunos de sus vecinos (Niger, Chad y Camerún) obligando a las personas a desplazarse y huir de sus hogares, el secuestro de mujeres, niñas y niños con la finalidad de esclavizarlos; las mujeres sexualmente y los hombres físicamente.

Las guerras y conflictos tienen consecuencias colaterales. Provocan el éxodo de miles de personas, la llegada de refugiados en los países vecinos y limítrofes donde a menudo reciben tratos inhumanos y viven en condiciones infrahumanas en los campamentos.

En el poemario *Todo lo demás lo barrió el viento* el lector podrá descubrir el alma desnuda y pulcra de Berta Lucía. Desde el inicio se percibe ya su carácter combativo y reivindicativo. En el primer poema titulado *Cuervos*, en homenaje a Carlota Isabel Salina Pérez, nos alerta de la fragilidad de la existencia y del peligro de estar expuestos a las actuaciones de personas inicuas y sin recatos que como cuervos buscan desgarrar la carne del ser humano y despojarle de lo máspreciado, su vida.

El lector estará de acuerdo conmigo que las mujeres son uno de los colectivos más vulnerables en las guerras y conflictos armados. Son la carne de cañón, el botín de guerra y la moneda de cambio. A menudo son denigradas, violadas, maltratadas, vendidas como mercancía, tratadas como marionetas, ignoradas y anuladas como seres humanos. Ellas siempre van vestidas de luto buscando un horizonte, una salida de los laberintos y una huida del monstruo que les arrebató todo. En el poema *Mujeres de negro* I leemos:

*Las mujeres de negro,
marionetas de la historia,
caminantes de humo,
buscan sus vástagos extraviados en la neblina...*

*En su largo trasegar
el viento borra sus huellas...*

El poemario tiene una dimensión social, humana y al mismo tiempo hace una apología al feminismo. La autora es feminista y en varios poemas recuerda y homenajea a mujeres víctimas de la violencia. Nos invita a estar alertas ante las atrocidades y las injusticias provocadas por el ser humano. En algunos poemas y versos recuerda con tinta de sangre a: Delmira Agostini asesinada el 6 de julio de 1914, a Carlota Isabel Salinas Pérez (24 de marzo de 2020), a Neehwesx Cristina Bautista (29 de octubre de 2019), a las madres de Soacha, a Virginia Silva, a Lilia Patricia García (13 de octubre de 2019), a Lucy Villareal (24 de diciembre de 2019), y a las mujeres desplazadas por la guerra. Pero en ningún momento deja atrás a los hombres que también perecieron. Recuerda con la misma intensidad a los artistas, intelectuales y poetas asesinados en la guerra, a los millones de hombres que pierden la vida en estos conflictos.

A Berta Lucía Estrada la conocí en una presentación de libros en Madrid en la biblioteca Eugenio Trías (Casa de Fieras, Parque del Retiro) organizada por el grupo editorial Sial Pigmalión, lugar donde publiqué mis tres primeros libros (*Redes migratorias e inserción laboral de los guineoecuatorianos*, *Betápànó (Recuerdos)* y *Tragedias y laberintos*). Yo no la conocía, pero ella a mí sí, ya que habíamos coincidido el año inmediatamente anterior en un acto de presentación en la misma biblioteca cuya mesa estuvo un admirador en común, el humanista suizo

(Economista, sociólogo, geógrafo, politólogo, africanista y ensayista) Max Liniger-Goumaz (1930-2018). Durante aquel acto y acompañada de su esposo, se me acercó, nos presentamos y me entregó su tarjeta de visita. Desde entonces hemos estado en contacto y colaborando en varios proyectos literarios y académicos. Por eso, agradezco la confianza depositada en mí para confeccionar el presente prólogo; un libro comprometido con la sociedad y el pueblo colombiano.

Berta Lucía y yo tenemos algo en común que es ni más ni menos que denunciar las injusticias ejercidas hacia nuestros semejantes, plantar cara a los sistemas políticos que oprimen y reprobar a los grupos humanos –terroristas y paramilitares– que conculcan los derechos y libertades individuales. Ambos utilizamos la pluma para denunciar y reivindicar la paz y el respeto de los Derechos Humanos para que el mundo se entere.

Como escritor, natural de Guinea Ecuatorial, crecido en una dictadura férrea; en un sistema político donde se margina y se vulneran los derechos, se transgreden las intimidades y se asfixia a los ciudadanos cultural, social y económicamente, comprendo las reivindicaciones de mi amiga Berta Lucía Estrada y la intensidad de sus palabras. El dolor es una emoción universal y un plato de mal gusto sea el lugar que sea y el país que fuera. Esta es la razón por la cual, desde mi corazón de africano, acepto redactar este texto y con todos los deseos del mundo, espero que Colombia, país que tiene y mantiene un nexo histórico y espiritual con África, alcance la paz, la libertad y la unión entre sus ciudadanos. Y, como nos recuerdan acertadamente los filósofos clásicos Platón y Aristóteles, “el objetivo supremo del ser humano debe ser alcanzar la libertad y la felicidad”. Por tanto, mis agradecimientos, Berta.



CARTA ABIERTA A LAS POETAS QUE LA GUERRA NO
DOBLEGÓ Y A ALGUNAS MAGAS DE LA PALABRA QUE
SUCUMBIERON A SUS VENDAVALES:

En ustedes me reconozco como integrante de una cofradía, la cofradía de la palabra, la cofradía del verbo. En ustedes me reconozco como una antigua sacerdotisa que cura el desarraigo con el bálsamo de la poesía. Con ustedes sé que no estoy sola, sé que hago parte de una catarata que rompe con espejismos y deja atrás la melancolía.

Berta-Lucía Estrada

En las montañas de Colombia el 20 de mayo de 2020.

Todo lo demás lo barrió el viento

A las víctimas de la guerra fratricida colombiana.

CUERVOS

A Carlota Isabel Salinas Pérez, asesinada el 24 de marzo de 2020.

Ella era una de las integrantes de la Organización Femenina Popular (OFP), que trabaja desde hace cerca de cincuenta años por la defensa de los derechos de las mujeres en el Magdalena Medio.

Un cuervo me sirve de sombrero,
me recuerda a cada instante
la fragilidad de la existencia

Sus patas, garfios afilados,
desgarran mi frente
Su pico, dispuesto a darse un permanente festín,
espera devorar mi tercer ojo,
los otros dos se los engulló hace tiempo

Su aleteo, oda a la muerte,
letanía de resposos,
réquiem que atraviesa centurias,
música de un desafinado órgano,
sus notas caen lentamente
en el jaraíz del tiempo

Su graznido, antesala del penúltimo sueño,
mensajero que vuela de la estación de la aurora
a la estación donde se oculta la luna

–a veces hace una larga escala en la aurora boreal–

MUJERES DE NEGRO I

*A las mujeres colombianas que han soportado
más de sesenta años de guerra fratricida*

Las mujeres de negro,
marionetas de la historia,
 caminantes de humo,
buscan sus vástagos extraviados en la neblina
-no saben descender al reino de las sombras-

En su largo trasegar
el viento borra sus huellas
los guijarros, restos de fósiles de antiguos océanos,
hoy lamas finas,
penetran en las plantas de sus pies desnudos
alimañas vuelan sobre sus cabezas

Las mujeres de negro, disfrazadas de plañideras,
susurran eternas letanías
sus resposos petrificados agobian al aire
-eco que atraviesa universos-
resuenan en las cumbres
chocan contra las rocas
recorren praderas
navegan en la cresta de rápidos
imaginados por un mítico jaguar
errante eterno de las entrañas de la tierra
la lava surge
 borra pueblos
 siembra cementerios
-desiertos callan para siempre el canto de los pájaros-

MUJERES DE NEGRO II

A las madres de Soacha

Las mujeres respiran la noche
van tras el paraíso perdido de Milton,
el paraíso judeocristiano les dio la espalda,
aunque lo buscaron con mil linternas de aceite
en las desoladas noches
de los cuadros de Van Gogh

Sus atajos, vericuetos de desamparo,
-en los que se tropieza el futuro-
las devoran a dentelladas

MUJERES DE NEGRO III

A las planideras del Pacífico colombiano

1

La luz tropieza con la sombra
se diluye en la neblina
oculta el pasado
cierra puertas

2

Vestidas de negro
caminan lentamente
van detrás del cortejo fúnebre
sus rostros de piedra
ocultan la pesadumbre
nacida de una tragedia
de la cual ya nadie se acuerda

DEBAJO DE LA CÚPULA DEL MUNDO

*A Neehwesx Cristina Bautista,
gobernadora indígena del Norte del Cauca,
asesinada el 29 de octubre de 2019⁵*

COREUTAS

¿Qué somos los seres humanos sino capas y capas de túmulos,
de cárcavas que como máscaras se ríen de nuestro efímero paso
por el mundo?

–Elogiamos la vida mientras nos paseamos por un túnel de
sombras–

SE ABRE EL TELÓN

El sol brilla en el umbral de una choza,
el piso de tierra le sirve de espejo;
y en el fondo, en la semipenumbra,
yace una mujer;
–o lo que queda de ella–

ACTO I

Camino sobre un lago congelado,

_____ pasos etéreos que no dejan rastro.

5 Este poema fue seleccionado por ONU Mujeres para una Antología publicada sobre las mujeres de los pueblos originarios en 2022.

Fisuras aparecen como reflejo de mi propia existencia.
Una grieta profunda aspira mi cuerpo,
un grito sordo rompe el silencio;
nadie lo escucha.

La luz mortecina del invierno
muere en la superficie.

Mis ojos, custodios de la eternidad,
no se cierran nunca.

–Mi pelo semeja estalactitas–

El hielo apareció de nuevo.

–La grieta no dejó huella–

COREUTAS

–Elogiamos la vida mientras nos paseamos por un túnel de
sombras–

ACTO II

Despierto en una celda
Estoy acostada en un viejo jergón de paja
el olor a orines y a queso rancio me impide respirar
El ahogo atenaza mi garganta
Siento unas ansias infinitas de correr
de escapar

El pavor

cadena que ata mis tobillos

aleja la puerta

–Me incrusto en las paredes de barro, heces y huesos–

COREUTAS

El telón comienza a cerrarse y los coreutas cantan al unísono:

Elogiamos la vida mientras nos paseamos por un túnel de
sombras; luego, una daga nos recuerda que nadie escapa a sus
propias pesadillas

VIRGINIA, LA SACERDOTISA

*Virginia Silva era una mujer indígena,
líder de su cabildo y
médica tradicional de la comunidad Nasa,
al norte del Cauca.*

En el pozo profundo de la memoria
una niña mira a la sacerdotisa de la danza hacer tres pasos.
La sacerdotisa levanta los brazos en una ofrenda nacida de la
noche de los tiempos,
-tiempos perdidos, tiempos olvidados con la llegada de otros
dioses de otros cultos de tiempos ignorados-

La sacerdotisa se evade en la evocación de un antiguo amante
-no reconoce el cuerpo que danza pegado a ella-
¡extranjero! -piensa-.

No sabe que la exiliada es ella misma;
su piel transpira desarraigo,
la melancolía se desliza por su rostro,
nubla su mirada.

Ha olvidado los pasos de una danza milenaria,
la sacerdotisa se funde en el aire
y ni la melodía de una quena
puede traerla de vuelta.

LAS ESCALINATAS DE EURÍDICE

A Lilia Patricia García, asesinada el 13 de octubre de 2019. Secretaria del Cabildo del resguardo Indígena Awá de Watsalpi, que se encuentra ubicado en el municipio de Barbacoas (Nariño).

El susurro de las hojas al caer
ahogó el eco de las montañas.
El silencio de los pájaros
penetró por las hendidias de la casa de humo.
Nadie vio a la sombra que huyó en la floresta,
solo se sintió el ruido seco
de un cuerpo que cae.

LA BITÁCORA DEL HASTÍO I

El 24 de diciembre de 2019 en Tumaco fue asesinada la líder comunitaria Lucy Villareal cuando terminaba de dictar un taller a los niños. El gobernador de Nariño dijo: “Era cultora del carnaval de negros y blancos y defensora de la vida (...) esta noticia empaña la Navidad”.

Navego en un viejo bajel,
fantasmas disfrazados de marinos
se pelean la bitácora,
pisotean la brújula,
extravían su destino,
se apoderan del mío,
mi cuerpo, sombra de sus sombras.

LA BITÁCORA DEL HASTÍO II

*A una de las tantas meretrices sin rostro
asesinadas en medio de la guerra*

Viajera del tiempo
esculpe su pasado en la piedra del rey Arturo

El verbo, espada afilada,
los gestos, cota de malla,
sus ojos, escudo antiguo

En el palacete de los amantes
ella transita de cuerpo en cuerpo
en busca del placer

Sólo recibe caricias torpes, fingidas,
la ruta equivocada arrasó con su lujuria
el deseo, hecho pedazos,
la dejó vacía

LA BITÁCORA DEL HASTÍO III

A las mujeres desplazadas por la guerra

Viaja en un vagón de recuerdos
Bitácora del hastío

La mujer antigua se balancea
en una mecedora que perdió sus colores
el sol quema su piel
un reloj de agua deja caer
gotas de tiempo

Sus sandalias rotas
vestigios de mundos desaparecidos
recuerdan los años mozos
amores olvidados
noches de sábanas sudadas
y el refrán de una canción
que la misma aurora creía olvidado

En la sima profunda de la memoria
se mira en el espejo
ve a una mujer vestida de blanco
cabellos recogidos
ojos, como líneas de horizonte
indagan al futuro
Los acordes de un viejo tiple
resuenan en sus oídos

La música
ancla ancorada de un pasado remoto
evita que naufrague en el desvarío
lamento nacido al comienzo de los tiempos
rompe el aire

navega en la luz

Llegan hasta mí, imágenes de otra vida

recuerdos sonidos

mis manos y pies

recuperan gestos

narran historias de otra era

desfilan mujeres errantes

desaviadas en la historia

dejan atrás

campos arrasados

olvido

desolación

LA HOJARASCA LE CERRÓ EL PASO

*A las decenas de comunidades colombianas que han sido masacradas por
los grupos paramilitares y por los grupos de insurgencia*

El viento huracanado
borró los vestigios
de antiguas civilizaciones,
la hojarasca le cerró el paso
y ya no pudo encontrar
los guijarros
del camino del agua

En algún recodo de la memoria futura
Grethel la esperaría
por un espacio de tiempo infinito,
 —per secula seculorum—
olvidó que los había robado;
dejándola a la deriva
sin retorno y sin memoria

En ese instante
la muerte se convirtió
en amante colectiva.

La muerte,
meretriz sin rostro,
no pudo mirarse en el espejo,
extravió la identidad de todos.

La muerte,
dama oscura de la última batalla,
le dio la espalda
al diálogo con la lluvia.

La muerte,
parada en un halo de tinieblas,
contempla la cárcava
que la sigue por doquier.

De cuando en cuando
se sube a su bajel
navega en las tinieblas

OTRA VEZ OFELIA

A las decenas de mujeres lanzadas al río Cauca.

Los perfiles de las plañideras,
como si fuesen marionetas de un teatro de sombras,
se dibujan en el fondo del crepúsculo.

Son las guardianas del río.

En un ritual secreto y antiguo,
repiten letanías.

Esperan a la mujer que se desliza en el agua
envuelta en una mortaja de lino.

Intuyen que es otra Ofelia,
una más que mecen las olas.



LAS OTRAS GUERRAS

SOY UNA GOTTA QUE CAE

*A los artistas, intelectuales y poetas
asesinados en la guerra*

Me llaman poeta
sólo escribo malogrados versos
poetas son los elegidos.

Soy sólo una gota que cae
de las profundidades del universo
a un oscuro pantano.

Aún así evito ahogarme
en el olvido
de mi propia angustia.

UN HOMBRE CONDENADO A MUERTE

Homenaje a Juan Gelman

Ya no tengo preguntas
sé que no hay respuestas
le pregunté al cancerbero
le pregunté a los muros
le pregunté a los túneles
le pregunté a los grilletes
le pregunté a la penumbra
a la hoja que entró por el ventanuco
a la gota de agua que perfora el techo
a los ríos de sangre
que corren por mis túneles secretos
Sólo recibí silencio tras silencio
intuí que no hay respuestas
 -sólo soy uno más de los condenados de la
 tierra-

Como única compañía
la sombra larga que crece
cada noche en el húmedo muro de la celda

En las noches de insomnio
 -en realidad todas-
el olvidado de la tierra
roba el sudario de la luna,
se arropa con él
una voz gélida
le canta una antigua nana

EL EFECTO NARANJA

*A los millones de hombres que pierden la vida
cada día en las guerras que surgen
como champiñones en todo el mundo*

A la hora del alba
en el último segundo naranja
allí, donde el sol copula con la luna,
el aire se fracturó
el naranja del horizonte
dio paso a multitudes de tonos amarillos,
rojos, azules, morados
mi cuerpo,
transportado por una fuerza titánica,
se elevó en el aire,
voló dejando tras de sí
los retazos de mi pierna izquierda
el polvo se apoderó de mis pulmones
mis ojos se extraviaron en una nube de detritos
sentí como la tea, otrora mi cuerpo,
viajaba a la velocidad de la luz
y caía en el fondo de un abismo,
en el averno de la inconsciencia humana

Estaba a mil vidas del mundo que era el mío
¿Cómo regresar?
¿Acaso existía el regreso?
¿Qué caminos se toman en el aire,
cuándo siempre se ha vivido con los pies en la tierra,
en el lodo, en las arenas movedizas?

SOMOS LOS DESCENDIENTES DE POLIFEMO

Este poema es un homenaje a los manifestantes franceses y chilenos que perdieron al menos uno de sus ojos en las marchas de 2019 y a los manifestantes colombianos que mutilaron en las marchas del 2021.

En la última hora de la tarde,
en los minutos que preceden a la oscuridad,
éramos doscientas gargantas que gritaban
-¡Libertad!

En ese instante preciso,
aun éramos cuatrocientos ojos
que hurgaban el horizonte,
vimos el aire teñirse de rojo,
y luego nuestros párpados se cerraron.

Al abrirlos de nuevo intuimos que la luz,
en su delirante fuga,
evitó dejar huellas;
dio paso a las tinieblas.

Ahora somos doscientos Polifemos
Rogamos a Poseidón
que la mar sea adversa
a la nao de Ulises
y evite que
encuentre
nuestra caverna.

FRÍO

A las mujeres que han sido botín de guerra.

El hombre, un NN,
penetra su espesa floresta
rompe el fondo del ojo
estalactitas crecen
como ponzoña en la garganta
ahogan el aullido
de la loba herida

Sabe que naufragó en un atardecer sin aurora

LA ENCRUCIJADA DEL HASTÍO

*A una de las tantas niñas impúberes
violadas y asesinadas en su hogar.*

Vestida de blanco
sentada en el suelo
pasajera del tiempo olvidado
erra en la encrucijada del hastío
perdida en un futuro sin sendas, sin geografía,
carente de preguntas y de respuestas

Nadie le dio un espejo para dialogar
ni siquiera conoció su rostro
ni su sonrisa etérea
ni tuvo tiempo de viajar por su pelo
ni de ponerse un par de zarcillos baratos
comprados en una feria de pueblo

EL OLOR DEL JACARANDÁ

*A la poeta Delmira Agostini asesinada
por su marido el 6 de julio de 1914.*

1

La lluvia penetra sus poros
se cuele por su pelo
el olor del jacarandá
inunda el espacio
verdes, verdes multicolores
fiesta orgiástica
bacanal sin tiempo ni memoria
poética del delirio
llamada de lo inconmensurable

2

Ding-dong
ding-dong
una pequeña campana
la conduce por los caminos del sueño
vericuetos del desvarío
una llamada telúrica
transforma sus pies
en raíces pleistocénicas

3

Está varada
en la antesala del inframundo,
Orfeo se ha ido con su cítara
y Eurídice
ya no lo espera;

su rescate es un mito más
creado por su frágil memoria.



SUSURROS DE LA MALVA DAMA

DIÁLOGO EN UNA TARDE DE LLUVIA

1

Me miro en el espejo del olvido,
mi cara, máscara de muerte,
me contempla desde el fondo de los ojos.
Mi piel, sudario malva,
nacida de eras de hielo.
En la estancia,
voces de ultratumba
le hacen eco al silencio.

2

Escruto el secreto de las estrellas,
me acerco al fuego, acaricio la flama,
crepita la madera,
canto de cavernas
—memoria que atraviesa centurias—
hija de la guerra,
exiliada milenaria,
extranjera en su tierra.
¿Dónde estoy?
Solo sé que navego
en el bajel de la sombra y de la muerte.

3

Errabunda perpetua
en los azagadores del error,
efigie peregrina,
cientos de bocas hambrientas
lamen sus pezones, secos como el desierto;
los peregrinos esperan el sudario,

la fría piedra de un tabernáculo les da cobijo,
la puesta del sol,
las estrellas agónicas,
compañera de tinieblas,
en la mano un fanal extinto
se niega a recibir la llama,
da la espalda a las eras del dragón.

4

La niebla confunde a los hombres
la bruma confunde los arriates.
Mujeres de la sombra a la espera eterna del amante.
Pasajera de la noche.
Pasajera de la oscuridad.
Pasajera de tinieblas.

5

En el fondo del sarcófago
los condenados de la tierra
siguen las huellas de milenios de tempestades,
¿pero acaso conocen sus secretos?
¿o han recorrido la huella de los huracanes?
El silencio, subversión que precede al cataclismo,
mientras los insectos tejen una fina tela de música.

6

Conjuro fantasmas,
sombras pesadillas,
conjuro a la dama vestida de muerte.
Parada al lado del tabernáculo,
la pálida dama seca la fuente de vida,
contempla sus pies color ocre,
sus manos, garfios que atenazan infantiles gargantas.
Sus pezones cuarteados por el sol.

7

Desierto que consume la memoria,
su aliento, huracán que borra sus recuerdos;
sus pisadas, sus rastros,
barren la brisa,
siembran desamparo,
cosechan olvido.

8

En el fondo de las tinieblas
un ciervo corre,
un rayo fuga
estela de lágrimas,
teje ataúdes que esconde en el fondo de su hocico.

9

El cuervo sin alas da vueltas en redondo,
su pico escarba antiguos mausoleos,
un desgastado ruido, clop, clop, clop,
recuerda los NN enterrados
en noches de novilunios.
No escucha el ulular del viento,
ni el canto de los pájaros,
ni el croar de las ranas,
sus oídos, sordos a la música,
sus ojos, ciegos ante la belleza.

10

La hija de las sombras, jade de la oscuridad,
guía de los quemadores de sal,
comparaba su corta vida con un puente suspendido en la
evocación
—en la nada—
comparaba su corta vida con los lotos del lago,
nacidos en sus extremos anhelos.

LA MALVA DAMA, LADRONA DE ALIENTOS

1

La malva dama, ladrona de alientos,
sus dedos alargados,
desnudos,
cierran las pupilas,
las sumerge en el aluvión del olvido.
Solo se escucha el quejido del agua
acariciada por el viento,
las lágrimas de los sauces
lamen sus orillas,
los dioses, caídos en desgracia,
evitan beberla.

2

La malva dama, amiga secreta de la noche,
cómplice de la oscuridad,
huye de la bola de fuego,
se niega a contemplar los rostros
que ha de lanzar a las tinieblas.
La malva dama,
la que arrastra mortajas.
El pico de águila perforó el ojo del sol.

3

La malva dama, espectro de la jungla,
confunde los caminos de los mendicantes
que se atraviesan en su senda,
marionetas en sus dedos alargados,
juegan a las escondidas.
En su eterno vagar abandonó la brújula.

Una manada de cuervos
le sirve de bitácora
y la cuida en su eterno deambular,
los muros lloran
mientras ella teje murallas de desamparo,
de orfandad,
de desarraigo.

4

La dama disfrazada de sombras
pide a las estrellas
que la vistan con su túnica.
La que oculta las veredas
conduce a la nada.
Dama de ausencia, de soledad,
de despojo de la noche eterna
hace girar la rueda de la fortuna,
en el centro de su eje
un hombre yace boca abajo,
detrás, una larga fila de condenados
–los malditos de la tierra–
espera reemplazarlo.

LOS OLVIDADOS DE PIES DESNUDOS

1

Los olvidados de pies desnudos,
errantes perpetuos
en las dunas de arena *calcinante*,
cinco lunas
los iluminan,
como cinco faros de luz mortecina,
nos recuerdan la existencia efímera,
obsequio envenenado de dioses olvidados.
La cicuta de Sócrates
alimenta la carroña tejedora de coronas,
las espinas apenas si penetran
en las yemas rugosas manchadas de un viejo ocre.
Mujeres en la sombra a la espera eterna del amado.

2

En el fondo de una taza de té verde,
cuerpos carbonizados
se entrelazan entre sí,
espiral.

3

Los dioses olvidados alimentan pesadillas,
los hombres que las sueñan
se fagocitan entre sí
en los escombros de un cuerpo abrazado
por la última canícula detrás de tiendas quemadas,
la soledad se enciende como un reverbero.

4

Paisaje árido,
sin escuelas,
los niños, armas volátiles,
juegan con granadas.

5

El viento mece un pájaro de madera
que emite un desgastado canto,
los que anidaban en los árboles sin sombra
huyeron hace centurias.
Desaparecieron cuando se fracturaron las gemas
y el lago olvidó como ser espejo.

6

Aliento de dragón,
lenguas perdidas,
culturas arrasadas.

7

La malva dama, titiritera perenne,
extranjera que habita nuestros cuerpos,
eterna tejedora del exilio de la muerte,
la que juega a los dados del ser y no ser,
jugadora nómada,
jugadora perpetua,
sus alargados dedos mueven las fichas del ajedrez,
sus alfiles vigilan,
sus caballos emprenden la fugaz carrera,
declara jaque mate en cada parpadeo.

8

La malva dama vestida de rémoras
navega en la cola de un antiguo cometa,
los peregrinos, enterradores en noches de estío,
cazan siluetas sin cuerpos
espectros alargados
que arrancan a las rocas
para darles sepultura.

9

Entre ellos se comen el silencio,
la tristeza,
duelos sin lamentos borran el pasado,
destejen la historia,
siembran olvido y desarraigo.
Huyen de la luz
se internan en la umbría,
amigos de eternos novilunios,
cavan cavernas,
apagan antorchas,
vagan en las ruinas de ciudades perdidas,
arrastran los escombros de otras vidas,
ignoran sus propios retazos.

LA MALVA DAMA NIEGA EL FANAL QUE ILUMINA LA
NOCHE

1

Cráneos de los NN cuelgan del manto de la malva dama.
Sombras de la guerra.
Sombras de desaparecidos.

2

Ella no escucha los lamentos de las madres,
les da la espalda,
las sume en la desesperanza
-en la eterna penumbra-,
les niega el mañana.

3

Madres eternas en senderos sin luz,
la malva dama les niega el fanal
que ilumina la noche.

4

Los cuencos de sus ojos ya no lloran,
se salieron de sus órbitas
en el último crepúsculo
que les mostró los cuerpos desmembrados
de los hijos perdidos de la guerra,
desaparecidos en el fondo de la historia jamás contada.
La historia invisible,
la historia no escrita,
la historia olvidada.

5

Historias de poetas,
historias de locos,
de alucinados,
de los que duermen,
de los que velan en eras geológicas,
los que no dejan morir la memoria,
los elegidos, malditos entre los malditos,
parias del *statu quo*,
enemigos de los verdes que los silencian
aun antes de contar su historia
convertida en leyenda,
en cuento de locos,
en falacias.

6

El huracán del olvido
ahogó los rescoldos de la memoria
en aljibes de cianuro,
disfrazados de sahumerios sacrosantos,
olor camuflado de pensamientos y alhelíos.

7

El olor a muerte invadió el paisaje,
lo fracturó,
lo desintegró en millones de partículas,
dejó tras de sí olor a alcanfor,
a madera quemada.

8

Pira,
fuego,
llamas acarician el cielo.

LA MALVA DAMA SE PASEA POR EL PAISAJE
FRACTURADO

1

La malva dama,
la que construye muros de calaveras,
erige catedrales,
rinde culto a la nada,
a la finitud.

2

La malva dama se pasea por el paisaje fracturado,
labrantío de guijarros,
labrantío de minas.
El maíz se niega a crecer.
Los niños ya no corren,
allí sembraron sus piernas,
en una tarde naranja
con gritos de cuclí cuclí.
Grisas nubes ocultaron los arreboles,
el huérfano eco buscó exilio,
la malva dama vaga en el desamparo,
huye de las risas,
espejismos en pena,
sombras sin sosiego.

LA MALVA DAMA DANZA AL COMPÁS DEL SILENCIO

1

La muerte me visitó muchas veces
agazapada en una esquina,
detrás de un puñal
o de unos garfios,
dispuestos a oprimir mi garganta.

2

El pico del águila perforó el ojo del sol,
la luz, hecha añicos, se dispersó en la nada,
desapareció en el túnel del tiempo.
La oscuridad encarceló las conciencias.

3

La malva dama, deshilvana esperanzas,
interrumpe los sueños.

4

La malva dama danza al compás del silencio,
hace la última pirueta.
Caminamos en su sendero.

CON LOS PIES TATUADOS DE OCRE

1

La malva dama,
lagartija trepadora de paredes de infortunio,
su sombra inmoviliza las sombras de los desprevenidos,
sin que ningún gesto dibuje sus bocas.

2

Una hueste de cuervos oscurece el firmamento,
traza rutas equivocadas,
cava fosas secretas,
entierra esperanzas.

3

Las mujeres de negro
las recorren con los pies tatuados de ocre,
andan a tientas,
sus ojos, otrora banquete para los picos de los cuervos,
ya no lloran.
En cada aurora buscan a sus vástagos
extraviados en la neblina,
lo han visto todo,
lo saben todo.
En el crepúsculo,
un lamento profundo sale de sus entrañas,
abandonan la búsqueda,
la reinician en la siguiente aurora.
El viento borra sus huellas,
confunde las sendas,
los guijarros, restos de fósiles de antiguos océanos,
hoy lamas finas,

penetran en la planta de sus pies,
ellas prosiguen su eterno deambular.
Ignoran que caminan en senderos prohibidos,
octavo círculo dantesco,
descenso al Hades,
alimañas vuelan sobre sus cabezas.

4

El paisaje danza al compás del fuego,
una fina estela calcina árboles,
atrae otra vez a la horda de cuervos,
que vuelan en círculos concéntricos.



VESTIGIOS DEL TIEMPO

La piedra del tiempo,
piedra sosegada,
paciencia rima con piedra,
piedra que crece,
se fractura,
se rompe,
estalla,
rueda,
construye el espacio.
Piedra que abre caminos,
que cierra,
pasa de un pie al otro.
Piedra disfrazada de meteorito en la cauchera de un niño que
juega a tumbar pájaros.
La piedra, proyectil en las manos adultas del otrora niño,
estalla cabezas como si fuesen los balones con los que jugaba
ese niño.
La piedra hace cantar al viento,
se fragmenta en millones de partículas
y viento y piedra,
arrasa maizales.
La piedra navega, recorre el río,
inunda campos,
ahoga caseríos,
hace danzar cabañas y tejas y piedras,⁸⁶
entona melodías de Vivaldi.
El ojo que envuelve, que aspira, que expira, como viajero sin
rumbo, sin meta; olas juegan con transatlánticos convertidos
en barcos de papel; un piano en su interior interpreta acordes
de Bach, rueda de un extremo a otro del salón.
Los acordes se apagan
las teclas, átomos volando,
alaridos pétreos mueren en la garganta.
Piedra, escultora de palabras, de música.
La transparencia del agua
-poesía que frota los párpados-

adopta la postura del viento.
Su paso por entre las rocas,
música de Vivaldi,
que hace danzar las hojas.
Lluvia ácida
Canto de la puerta,
piedra.
Fracturas del tiempo,
del espacio.
Vestigios pétreos
congelan el *tempo*
lo esconden en la bóveda verde
–estética de la desmesura–,
el canto de las guacamayas
hace revolotear las hojas.
Los planetas giran en el ombligo,
viajan al centro de petra.
Petra, piedra, petra, piedra
petrificada, fosilizada,
piedra más antigua que el tiempo,
más antigua que Cronos.
Piedra,
silla de Afrodita,
testigo de sus amores,
cómplice de su lujuria,
eco de sus gritos.
Los hombres van a la guerra,
las piedras estallan,
meteoritos pueblan el horizonte.
Necesito tiempo para trazar el horror del mundo.
No quiero ponerle un rostro al oprobio.

El trovador huye de la plaza de mercado,
traza el camino del no retorno,
el trovador da malas nuevas,
acompaña al cobrador de impuestos,
se sienta a orillas del río,
su garganta entona un canto antiguo
–palabras olvidadas de una lengua desaparecida–,
cada piedra arrojada a sus pies,
inicia un recorrido hacia la voz que la llama,
termina en el fondo del lecho del río,
una a una, forman una montaña de piedras,
las aguas, otrora tranquilas,
se transforman en furia,
en ola gigante,
el pueblo que rechazó al trovador
yace en el fondo del río,
que ha vuelto a ser tranquilo.
El trovador se aleja silbando,
un guijarro acompaña sus pisadas
y un collar de cantos rodados
tintinea en su cuello.
Torrente imaginario
que corre pendiente abajo,
el silencio, muralla que se eleva al cielo,
interroga a dioses desaparecidos
–al dios oculto en la sombra,
oculto en el abismo–,
nos llama con sus notas sin música
toca un arpeggio que solo suena
en mis oídos sordos.

No hay silencios perfectos
ni siquiera el que se disfraza de caricia.
¿Puede el silencio ausentarse?,
¿abandonar mi propia sombra?
¿Puede mi sombra, su sombra, dejarme atrás?,
¿olvidarme?
Sin el silencio caigo en el abismo,
sin el silencio el delirio acecha,
solo queda el río y su devenir.



SINOPSIS | *Todo lo demás lo barrió el viento*

BERTA LUCÍA ESTRADA

Soy colombiana.

Si comienzo a escribir esta breve sinopsis sobre mi poemario, *Todo lo demás lo barrió el viento*, con la frase “soy colombiana”, es porque mi nacionalidad me nombra, me define, me identifica; me centra en medio del universo al que pertenezco y al que no puedo ni deseo escapar.

El hecho de haber vivido la mayor parte de mi vida en un país donde se ha llevado a cabo más de setenta años una guerra fratricida supone vivir en medio de un huracán que puede barrerlo todo de un momento a otro. Una guerra fratricida jamás reconocida como tal y a la que en el mejor de los casos se le llama “conflicto armado”; y eso cuando no se niega su existencia; como sucedió durante la larga y tenebrosa noche del gobierno de Álvaro Uribe Vélez.

Los colombianos conocemos el horror que representa la guerra, el miedo atávico al secuestro. Incluso en los años 90 del siglo pasado, y a comienzos del XXI, viajar por las carreteras era casi una irresponsabilidad; la gente que se arriesgaba a hacerlo no sabía si llegaría a la ciudad de destino o si regresaría a casa al finalizar el día. Fue la época de “las pescas milagrosas”; ese terrible eufemismo con el que las FARC denominaron el secuestro de la gente que por alguna razón tenía que desplazarse de un lugar a otro. Eran secuestros no preparados en el que caían personas de diferentes condiciones sociales, económicas y culturales. Y todos, absolutamente todos, debían pagar un rescate.

La guerra también nos quitó otras cosas, no sólo la tranquilidad de poder viajar por el territorio; aún hoy en día hay zonas vedadas –léase prohibidas– que los colombianos no conocemos. La guerra secuestró miles de niños y adolescentes

de los dos sexos. Los convirtió en carne de cañón. Me refiero a los hijos de los campesinos o de las clases obreras, a los hijos de las comunidades indígenas o negras; son ellos los que fueron obligados a pagar el servicio militar; lo que en otras palabras quiere decir: obligados a ir a la guerra. O bien fueron forzados por grupos insurgentes y paramilitares a engrosar sus filas; hombres y mujeres por igual. Muchos de ellos aun niños, y por supuesto niñas. En el caso de las niñas al horror de la guerra había que sumarle el horror de la violencia sexual, y las que quedaban embarazadas las sometían a un aborto obligatorio. La mayoría de las veces en condiciones que carecían de las medidas sanitarias y médicas adecuadas. Y al que intentara fugarse era sometido a un consejo de guerra; o sea, era asesinado. Todo en nombre de la “disciplina y obediencia guerrillera”.

La guerra nos lanzó al ojo del huracán y nos confrontó con el narcotráfico. Pasamos a ser parias del mundo. Viajar a otro país, con el pasaporte colombiano, era ser escrutado, vigilado, menospreciado, humillado; exactamente como se hace con el peor de los criminales. Se nos cerraron prácticamente todas las fronteras; con excepción de algunos países latinoamericanos que siempre nos abrieron sus puertas. El resto era casi una odisea poder visitarlos. Nadie nos daba una visa. En cierta forma éramos presidiarios, no de una celda sino de un enorme territorio por el que además no podíamos circular libremente.

Y están las masacres cometidas por todos los actores de la guerra, algunos miembros de las Fuerzas Militares, paramilitares, narcotraficantes y guerrilleros. Muchas veces en alianzas perversas entre algunos de ellos.

Y están los daños ambientales, los ataques terroristas del ELN a los oleoductos que contaminan ríos, quebradas. Eso sin contar los daños de la minería ilegal con la que se lucran hoy en día los grupos al margen de la ley.

En el peor momento de la guerra por el río Cauca bajaban cuerpos en descomposición. Muertos que anclaban en diferentes

lugares, lejos de sus comunidades, lejos de sus familias que no sabían qué había pasado con ellos, ni dónde estaban. La guerra en Colombia ha dejado miles de desaparecidos.

De igual forma la guerra ha dejado millones de desplazados. Más de cinco millones de personas tuvieron que huir de sus parcelas, de sus pueblos, de sus barrios, de sus comunidades. El tejido social quedó roto, despedazado. La Violencia de los años cincuenta, cuando yo nací, continúa.

No, no conozco la paz. Para mí la paz es una utopía. Cuando por fin soñé con ella el gobierno de Iván Duque -un gobierno a todas luces fascista- me hizo despertar y me obligó a confrontarme de nuevo con la pesadilla de la guerra.

Así que ¿cómo podría escribir algo diferente al genocidio que hemos vivido? Sí, ya sé, muchos dirán que en Colombia no hay genocidio; siempre habrá formas diferentes de interpretar este término tan polémico. Sin embargo, para mí es claro y no dudo en utilizarlo y en denunciarlo. Ni siquiera el gobierno de Gustavo Petro logra despejar este horizonte oscuro e infame.

Ahora bien, ¿por qué contar la guerra? ¿Por qué hurgar en su miseria?, ¿Por qué este descenso al último de los círculos del infierno? Porque de esta forma entiendo la realidad de mi país. Porque de esta forma penetro más en la condición humana. Porque de esta forma también escapo al dolor y a la ignominia. Escribir es un láudano que me ayuda a entender la complejidad de la guerra colombiana. La mayor parte de mi vida imaginé que moriría en un país que anhela la paz y que sin embargo hace todo lo posible porque nunca llegue. Y si afirmo esto último es porque no podemos olvidar que en el plebiscito por la paz de 2016 ganó el NO por escasos 53.908 votos de diferencia. ¿Cómo se puede votar en contra de la paz? ¿Cómo pueden ignorarse los preceptos éticos a favor de la vida, de la convivencia, de la justicia social? Bueno, pues en octubre de 2016 hubo 6'431.372 votos en contra de la paz y 6'377.464 a favor de ella. Por supuesto, los intereses mezquinos, y posiblemente con intenciones criminales


del Centro Democrático, en cabeza de Álvaro Uribe Vélez, y con el apoyo de las iglesias católica y pentecostales, se llevó a cabo una campaña atroz de desprestigio y de desinformación con respecto al proceso de paz de Juan Manuel Santos con las FARC. El resultado fue que de nuevo la ultraderecha se impuso en la agenda política y ganaron las elecciones presidenciales de 2018-2022. Desde entonces los asesinatos a reinsertados de las FARC, y a líderes sociales y ambientalistas no han cesado. Algunos de los poemas de *Todo lo demás lo barrió el viento* van dirigidos a ellos. Es mi forma íntima y humilde de rendir homenaje a algunas de las personas que han tenido el coraje, la valentía, el arrojo, de alzar su voz; sabiendo de antemano que sus vidas, las de sus familias y comunidades corren peligro. A ellos toda mi admiración y solidaridad. ¿Saldremos victoriosos de esta hecatombe? No lo sé, tampoco sé si yo tendré tiempo para conocer la paz verdadera en Colombia; mi país.

SOBRE LA AUTORA



Berta Lucía Estrada: (Colombia, 1955) es escritora, ensayista, poeta, dramaturga, antologadora y crítica literaria y de arte. Es librepensadora, feminista, atea y defensora de la otredad. Ha publicado catorce libros y ha recibido seis premios de poesía. Ha escrito algunos libros (teatro, nouvelle, poema) con Floriano Martins. Participó en la escritura al alimón

del poema "Las máscaras del aire" con seis poetas más, entre ellos Floriano Martins, José Ángel Leyva y Armando Romero (04.2020). Su trabajo poético forma parte de varias antologías. Algunos de sus artículos y poemas han sido difundidos en revistas internacionales. Ha sido traducida al francés, portugués, rumano, griego e inglés.



Todo lo demás lo barrió el viento de Berta Lucía Estrada se terminó de ensamblar en su versión digital en octubre de 2024.
En su composición se utilizaron los tipos :Californian FB, Linux Libertine, Minion Pro, JMH Typewriter y Californian FB: 10, 12, 14, 18.



2024

**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**